

El suplicio de Papá Noel

Claude Lévi-Strauss

En Francia, las fiestas navideñas de 1951 habrán quedado marcadas por una polémica a la que tanto la prensa como la opinión pública parecen haberse mostrado por lo demás sensibles, y la cual introdujo en la alegre atmósfera habitual de ese periodo del año una inusitada nota de amargura. Hacía ya varios meses que las autoridades eclesiásticas, en boca de algunos prelados, habían expresado su desaprobación con respecto a la creciente importancia dada por las familias y los comerciantes al personaje de Papá Noel. Denunciaban una inquietante “paganización” de la fiesta de la Natividad, la cual distrae al espíritu público del sentido propiamente cristiano de esa conmemoración en beneficio de un mito sin valor religioso alguno. Esos ataques se desarrollaron en vísperas de la Navidad. Con mayor discreción sin duda, aunque con igual firmeza, la Iglesia protestante unió su voz a la de la Iglesia católica. En los periódicos ya habían aparecido cartas de lectores y artículos que daban testimonio, en diversos sentidos pero por lo general hostiles a la posición eclesiástica, del interés que este asunto había despertado. Por fin, el punto culminante se alcanzó el 24 de diciembre, durante una manifestación que el corresponsal de diario *France-Soir* relata en los siguientes términos:

Papá Noel fue quemado en el atrio de la catedral de Dijon, en presencia de los niños de los patronatos¹



Daniel Felipe Escobar Velásquez. *Mil palabras para una imagen* #15. Collage. Corte de palabra por palabra a partir de los textos de la obra que se encuentra en la parte anterior. 30 x 23 cm. 2016

Ayer por la tarde, Papá Noel fue colgado de las rejas de la catedral de Dijon y públicamente quemado en el atrio. Esa ejecución espectacular se llevó a cabo en presencia de varios centenares de niños de distintos patronatos y había sido decidida con el acuerdo del clero que había condenado a Papá Noel por usurpador y hereje. Se lo había acusado de paganizar la fiesta de la Navidad y de haberse instalado en ella como un pájaro cucú, tomando un lugar cada vez más preponderante. Se le reprochaba, sobre todo, el

haberse introducido en todas las escuelas públicas donde el pesebre está escrupulosamente prohibido.

El domingo a las tres de la tarde, el desgraciado hombre de barba blanca pagó, como muchos inocentes, por una falta de la cual eran culpables quienes iban a aplaudir su ejecución. El fuego abrasó su barba y el muñeco se desvaneció en el humo.

Al término de la ejecución, se publicó un comunicado del cual se reproduce lo esencial:

‘Representando a todos los hogares cristianos de la parroquia deseosos de luchar contra la mentira, doscientos cincuenta niños, agrupados frente a la puerta principal de la catedral de Dijon, quemaron a Papá Noel.

No se trataba de una atracción, sino de un gesto simbólico. Papá Noel ha sido sacrificado como holocausto. A decir verdad, la mentira no puede despertar el sentimiento religioso en el niño y no es, de ningún modo, un método de educación. Que otros digan y escriban lo que quieran, que hagan de Papá Noel el contrapeso del Père Fouettard.²

Para nosotros, cristianos, la fiesta de la Navidad debe seguir siendo la fiesta del nacimiento del Salvador’.

La ejecución de Papá Noel en el atrio de la catedral fue apreciada en distinto grado por la población y provocó vivas reacciones, incluso entre los católicos.

Por lo demás, esa intempestiva manifestación podría tener secuelas no previstas por sus organizadores.

El asunto divide a la ciudad en dos bandos.



Daniel Felipe Escobar Velásquez. Inflaciones/“todo lo que sube...”.
Registro fotográfico. 2015/2016

Dijon espera la resurrección del Papá Noel asesinado ayer en el atrio de la catedral. Resucitará esta tarde, a las dieciocho horas, en el edificio de la municipalidad. En efecto, un comunicado oficial anunció que, como cada año, convocaba a los niños de Dijon a la plaza de la Liberación y que les hablaría desde lo alto del tejado de la municipalidad, donde circulará bajo las luces de los reflectores.

El canónigo Kir, diputado y alcalde de Dijon, se habría abstenido de tomar partido en esta delicada cuestión.

Ese mismo día, el suplicio de Papá Noel pasaba a los primeros puestos de la actualidad; no había un solo diario que no comentara el incidente, algunos —como el citado *France-Soir*, periódico de mayor tirada de la prensa francesa— incluso llegaron a dedicarle el editorial. De modo general, se desaprueba la actitud del clero de Dijon; a tal punto, parece, que las autoridades religiosas juzgaron adecuado batirse en retirada o, por lo menos, observar una discreta reserva; se dice, empero, que nuestros ministros están divididos sobre la cuestión. El tono de la mayor parte de los artículos registra una sensiblería llena de tacto: es tan lindo creer en Papá Noel, no le hace daño a nadie, es motivo de grandes satisfacciones para los niños y los provee de deliciosos recuerdos para la edad madura, etc. En realidad, se escapa a la pregunta en vez de responderla, pues no se trata de justificar las razones por las cuales Papá Noel place a los niños, sino aquellas que llevaron a los adultos a inventarlo. Sea como sea, estas reacciones son tan unánimes, que no cabría duda de que existe un divorcio entre la Iglesia y la opinión pública en este punto. A pesar del carácter mínimo del incidente, el hecho reviste importancia ya que la evolución francesa a partir de la Ocupación nos había hecho presenciar una reconciliación entre una opinión ampliamente no creyente y la religión: el acceso a los consejos gubernamentales de un partido político tan netamente confesional como el MRP [Movimiento Republicano Popular] constituye una prueba de ello. Por otra parte, los anticlericales de siempre se percataron de la oportunidad inesperada que se les estaba brindando: son ellos, en Dijon y en otras partes, quienes se desempeñaron como protectores del Papá Noel amenazado. Papá Noel, símbolo de la irreligión, ¡qué paradoja!

Porque en este asunto, todo sucede como si fuera la Iglesia quien adopta un espíritu crítico, ávido de franqueza y verdad, mientras que los racionalistas actúan como si fueran los guardianes de la superstición. Esta aparente inver-

sión de roles basta para sugerir que el ingenuo asunto abarca realidades más profundas. Estamos en presencia de una manifestación sintomática de una muy rápida evolución de las costumbres y las creencias, en primer lugar en Francia, pero sin lugar a duda también en otros lugares. No todos los días el etnólogo encuentra de esta forma la ocasión de observar, en su propia sociedad, el súbito crecimiento de un rito, y hasta de un culto; de investigar sus causas y estudiar su impacto en las demás formas de la vida religiosa; de tratar de comprender, finalmente, a qué transformaciones de conjunto, mentales y sociales a la vez, están ligadas algunas manifestaciones visibles sobre las cuales la Iglesia —dueña de una experiencia tradicional en estas materias— no se ha equivocado, por lo menos en la medida en que se llamaba a atribuirles un valor significativo.

[...]

Notas

- 1 Nota publicada en *France-Soir* el 24 de diciembre de 1951.
- 2 El Père Fouettard, Padre Látigo, es un personaje imaginario que acompaña a San Nicolás y amenaza a los niños que se portan mal.

Claude Lévi-Strauss. Antropólogo francés, nacido en Bruselas (Bélgica) en 1908 y muerto en París (Francia) en 2009, poco antes de ajustar 101 años de edad. Fue el padre indiscutido del estructuralismo antropológico, orientación teórica y metodológica cuyas premisas fundamentales consignó en obras como *Las estructuras elementales del parentesco* (1949), *Antropología estructural* (1958), *El pensamiento salvaje* (1962) y *Mitológicas* (1964-1971). El texto que presentamos con fines didácticos es un fragmento de uno de sus ensayos más tempranos, “El suplicio de Papá Noel” (1952) en la traducción de Agustina Blanco (México, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 15-19).